

Dr. Benigno Wilson

Comunicación en la biblioteca Santander.



Señoras y señores: Presidente:

RECIENTEMENTE tuve ocasión de lanzar en el seno de este amable Instituto, al conmemorar la gloriosa batalla de Boyacá, una idea que debía, en mi concepto, contribuir al propósito cardinal de los fundadores de este centro de cultura. Aconsejé entonces que nuestros salones quedasen abiertos para la enseñanza oral, por medio de lecturas públicas, para que la viva voz de los lectores ó disertadores viniese á ser el complemento de la enseñanza silenciosa de los libros.

La fecundidad de esta idea y la lozanía del terreno en que cayó como semilla de prosperidad intelectual y moral para esta simpática región de nuestra patria, se manifestaron inmediatamente con el hecho de haberse presentado en el próximo pasado mes de Septiembre nuestro respetable colega, el Sr. Phil. Hakspiel, á darnos una interesante y muy discreta lectura sobre Historia, en conexión con el difícil problema social que, como las epidemias que suelen desparramarse desde el Ganges, mantiene hoy en pavor, zozobra y alarma á los países más populosos y florecientes de la culta Europa.

Merece nuestro estimado colega la más cálida felicitación de mi parte. Como todos los individuos de su raza, aprendió desde el hogar paterno á amar la patria, y en ésta segunda, que le ha correspondido por espontánea elección, y á la cual se halla ligado por los apretados lazos de la interesante familia que en ésta ha estado levantando, da muestras de aquella pasión transplantada á nuestro suelo, en donde, lejos de degenerar, se exalta por la ausencia de la primera patria, poniendo al servicio de nuestro progreso intelectual y social el caudal de conocimientos adquiridos en el centro del movimiento intelectual de nuestro mundo de Occidente. Mucho habrán de aprovecharnos sus lecciones, pues es ésta la contribución más valiosa que puede depositar un extranjero que toma domicilio entre nosotros.

No exhibe el suelo germánico las galas de la naturaleza tropical, ni brillan en su horizonte los espléndidos celajes que

decoran una atmósfera siempre tibia y embalsamada; pero, por necesaria contraposición, allí donde la naturaleza física es avara de sus dones, se ha abierto el campo más propicio á la actividad del espíritu. Por eso la Historia nos cuenta que es de aquella región, caracterizada por los hábitos reflexivos y meditabundos de sus habitantes, de donde han partido los haces luminosos que han suscitado el desenvolvimiento intelectual del mundo, y que han dado por resultado los triunfos del derecho, la independencia del espíritu y la libertad del pensamiento.

Cuando dejo ir el mío á las proximidades del comienzo de la era cristiana, hallo cuán necesario fue que el Procónsul Varo no devolviese al César las legiones comprometidas en los desfileros de Teutburgo, en el corazón de la Selva Herciniana. Era preciso que en aquel pavoroso duelo de dos razas distintas, y de dos tendencias opuestas, la conquista y la defensa del propio territorio, y al terminar la cruenta jornada, quedasen templadas las tiendas de Arminio, para que á su sombra permaneciesen protegidos los gérmenes del derecho moderno, y asegurados la independencia del espíritu, los fueros del patriotismo y la libertad de la conciencia humana.

Con la desconfianza que es natural me preocupe al sentarme en la silla del lector, por la responsabilidad de la actitud docente que vengo á tomar, procedo á entregar á vuestra consideración una lección preparada como contribución para este Instituto, de cuyo personal hace parte un grupo de adolescentes, á quienes he tenido especialmente en cuenta al formular mi trabajo. No vayáis, pues, á imaginar que vengo impulsado por un sentimiento de vanidad, que no tiene cabida en las personas de mi edad. Vengo movido por la noble emulación que en mi alma ha despertado nuestro amable colega, el Sr. Hakspiel, y para llamar con mi ejemplo á ocupar esta silla á los varios caballeros de mi auditorio, versados en letras, cuyas experiencia y discreción habrán de ser el mejor alimento de nuestras lecturas públicas.

No vayáis á imaginar tampoco que me presento con novedad de doctrina, pues el único mérito que á mi trabajo puede atribuírse es la falta de originalidad. La verdad es única é invariable, y es transmitida de una generación á otra en una misma forma inmutable. Las modificaciones que el tiempo va introduciendo en la enseñanza de los hombres significan correcciones ó rectificaciones en lo que antes se había tenido por verdadero.

Hechas estas observaciones preliminares, es tiempo de entrar en materia.

¿Cuáles son los medios para que mis facultades mentales se desarrollen mejor y se avigoreu? ¿Cuál es el método de estudio

más eficaz? ¿Cuánto, y cuándo, y cómo? ¿Cuáles los errores en que incurro con mayor propensión, y cuáles los hábitos que debería tratar de evitar?

Cuestiones son éstas que se presentan íntimamente á los jóvenes; pero acerca de las cuales la enseñanza se ha descuidado notablemente. Sin voz de consejo en la carrera de su instrucción, se pretende que el joven desarrolle por sí mismo provechosamente su mente, y que adquiera excelencia social.

Doscientos años antes del siglo de Pericles, reputado como el del mayor florecimiento de las letras helénicas, la Grecia se enorgullecía ya con la posesión de hombres eminentes en ciencia, á quienes la posteridad ha individualizado con la denominación de los *siete sabios*. Entre éstos comparece Pitaco de Mitilene, de quien se conservan máximas de grande estimación. Tomemos nota de la que corre en esta forma: *Kairou gnothi*, de fácil traducción; *Conoce tu oportunidad*, la cual corresponde, como corrección de conducta, á la falta de adecuada atención en los asuntos que á uno interesan directamente, y á la deficiencia de energía y buen sentido, por la cual se dejan pasar las ocasiones sin sacar provecho de ellas. Y más tarde, de uso frecuente en los labios de Sócrates, apareció ésta otra: *Nosce teipsum*, que en lengua vulgar dice: *Aprende á conocerte*. Siempre el *conocimiento* de las personas y las cosas como fundamento de la sabiduría.

El impulso generalizador, que mueve con grande energía la actividad de las almas superiores, conduce á los sabios á terminar sus especulaciones en una fórmula, sin cuidarse del desarrollo de ella, por el cual han pasado rápidamente en alas de una incomparable videncia. Puede decirse que tales fórmulas fueron más que deducidas, adivinadas. Pero para la generalidad de los hombres, que no poseen la visión del genio, lo importante es conocer el desarrollo de las fórmulas, y esto es precisamente lo que no nos transmitió la docta antigüedad.

La exposición de los principios dominantes en el cultivo del entendimiento, y en la perfección personal en el trato social, que es el fin tras el cual voy, es muy deficiente en nuestra lengua. Rica en grado exuberante como es la literatura castellana en muchos departamentos, es pobre y escasa en el asunto particular al cual me propongo llevar vuestra atención en esta media hora de tiempo. Las mismas abundancia y excelencia que campean en nuestra Mística, son causa de aquellas pobreza y escasez, pues son opuestos los rumbos de las almas que se desprenden del mundo, á quien desprecian, para entregarse á la contemplación de ideales espirituales, y de las que se mantienen comprometidas en la lucha por la vida, en presencia de la realidad de los acontecimientos del mundo.

No es, pues, de extrañarse que yo haya recurrido á lenguas forasteras en busca de materiales para cumplir mi objeto.

Cuando se nos hacen preguntas tan sencillas como éstas: ¿qué tiempo hará mañana? ¿cuántos son quince por ocho? lo que trabaja para hallar ó preparar la respuesta es lo que llamamos *El Alma*; que es *la parte de nuestro ser que en nosotros piensa*. Nada conocemos de su substancia, que nombramos *Esíritu*. Tenemos, con todo, algún conocimiento de los principios sobre los cuales obra. Como el cuerpo, está sometida á leyes fijas y definidas que gobiernan su expansión y su actividad.

Sabemos que si nos proponemos adquirir habilidad en algún arte manual, tenemos que educar las manos; si queremos ser maestros de un instrumento músico, habremos no solamente de hacer que las manos recorran hora tras hora y día tras de día sobre el diapason, sino que habremos de atender á que ese ejercicio se haga en consonancia con las leyes del desarrollo y de la disciplina muscular. Del propio modo, si queremos adquirir excelencia mental, debemos procurárnosla mediante la observancia de las leyes que gobiernan el entendimiento.

Estamos constituidos por la naturaleza como *seres sociales*. Gran parte de nuestra vida la pasamos en compañía de otros, y gran parte de nuestra felicidad la derivamos de ellos. De aquí el que nuestro mejoramiento mental deba ser considerado en este doble aspecto: primeramente, la acción del espíritu por sí mismo; y en segundo lugar, esa acción en conexión con los demás.

Por la primera, adquirimos la facultad de distinguir el modo de mejorar la aptitud de pensar, de raciocinar y de recordar; y la manera de acopiar conocimientos. Por la segunda, aprendemos el arte de derivar de los demás hombres conocimientos y felicidad, y de ofrecerles eso mismo en retribución.

Estos dos factores del cultivo, empero, andan tan constantemente confundidos en nuestra vida y en nuestra educación, que será más provechoso tomarlos en consideración conjuntamente, pues así los hallamos en nuestro estudio y trato de cada día. Nuestro programa será el siguiente: de las reglas para dirigir el entendimiento en la adquisición del conocimiento; de los modos de obtener conocimiento, ya individualmente, ya en conexión con los demás; y de los principios generales de gobierno de uno mismo y de trato social, con algunas indicaciones prácticas.

El desarrollo de este programa exigirá varias sesiones.



Reglas para adquirir el conocimiento.

Primera. Arraigad profundamente la importancia de formar juicio acertado, y la ventaja de un raciocinio correcto. Repasad los casos de vuestras incorrecciones de conducta en la vida. Reflexionad acerca de cuántas necesidades y sinsabores habríais eliminado, y cuánta culpa y miseria habríais evitado, si desde los primeros años os hubieseis tomado el conveniente trabajo para juzgar atinadamente de las personas, de las épocas y de las cosas. Esto os impulsará con eficaz vigor á dedicaros á la obra de perfeccionar las facultades de vuestra razón, y á no dejar pasar ninguna oportunidad ó ventaja para conseguir tal fin.

Segunda. Tomad en consideración la flaqueza y la fragilidad de la naturaleza humana en general, que tienen por origen la constitución misma de una alma unida á un cuerpo material. Poned en confrontación la profundidad y la dificultad de muchas verdades con las lisonjeras apariencias que toma la mentira, de las cuales nace la variedad infinita de peligros á que estamos expuestos al formar juicio sobre las cosas.

Tercera. No basta un ligero examen de cosas de tan grande importancia. Debéis, por tanto, inventar y practicar métodos adecuados á haceros advertir vuestra propia ignorancia, y reconocer el grado ínfimo é imperfecto de vuestros actuales conocimientos, á fin de que seais incitados á avanzar con esfuerzo y actividad en solicitud de recursos de mayor energía.

Entre otros, hallaréis métodos de tan buenos resultados como los siguientes:

a) Dirigid de cuando en cuando miradas de observación sobre las regiones vastas é ilimitadas de la ciencia; que vuestras meditaciones pasen recorriendo los nombres de todas las ciencias, con sus numerosas ramas y los innumerables temas particulares de aprendizaje que contienen; y reflexionad en seguida con cuán pocas de ellas estáis en algún grado mediano de intimidad.

b) Traed al pensamiento la innumerable variedad de problemas y dificultades que hay en el campo aun de aquella ciencia particular en que hayáis hecho vuestros mayores adelantos, y en cuán pocos de aquellos problemas y dificultades habéis llegado á una certidumbre final exenta de dudas.

c) Leed las relaciones de esos vastos acopios de ciencia que poseyeron varios de los hombres que ya no existen, ó que poseen algunos de los que aún viven. Informaos por la lectura de los adelantos casi increíbles que se han hecho en todos los departamentos científicos. Contraed relaciones de trato personal con individuos de grande instrucción para que, mezclándoos en

sociedad con ellos, y haciendo comparaciones entre vosotros y ellos, os animéis de nuevo ardor á igualarlos tanto cuanto os sea posible, si no á excederlos: vuestra diligencia será así avivada por emulación loable y generosa.

No olvidéis esto: que si os tasáis exagerando vuestro mérito, y os hincháis como si fuéis yá hombres de ciencia, porque habéis hecho algunas adquisiciones superficiales, estaréis con esto levantando barrera infranqueable contra todo adelanto, pues inducidos por tan falsa apreciación de vosotros mismos á la inercia y al reposo, habréis de acomodaros con vuestra honda y vergonzosa ignorancia.

Cuarta. No andéis muy orondos con vuestra brillante inteligencia, vuestro talento espontáneo y vuestras grandes capacidades, porque todos estos dones no harán á un hombre instruído y sabio, sin esfuerzo ni estudio. A muchas personas de imaginación vigorosa y vivaz sólo sirvieron aquellas condiciones de siniestra tentación para desechar las ocasiones de instruírse y de estudiar; pues habiéndose hallado reputados como brillantes en alguna asamblea, ó como chispeantes al disertar sobre algún tema de poca importancia, metióseles en la cabeza dar de mano á la lectura y al estudio, con lo que dejaron discurrir el tiempo quedándose ellos en su sedentaria ignorancia; y cuando hubieron perdido la vivacidad de la naturaleza física y de la edad juvenil, se hallaron estúpidos y rudos hasta el desprecio y el ridículo.

Ni es poco frecuente que las personas de viveza de imaginación tengan la sensatez suficiente para conocer su propia insuficiencia, por lo cual esquivan con maña los ataques de la argumentación, ó fingen audazmente despreciarlos y no prestarles atención, en lo cual proceden por la conciencia que tienen de su propia ignorancia, y por la íntima convicción que han adquirido de su carencia de habilidad en el raciocinio.

Quinta. Así como no debéis fantasear de hombres de letras, por haber sido favorecidos con el don de una clara comprensión, tan poco debéis imaginaros que podéis denominaros verdaderos sabios, porque hayáis leído mucho y con persistencia, y tengáis buena memoria.

La meditación y la atención estudiosa, el ejercicio de la razón sobre lo que se lee, hé aquí lo que da sensatez aun á los mejores ingenios, y lo que puede procurar los mayores adelantos al entendimiento. Puede un muchacho de feliz memoria repetir todo un libro de Euclides, y no ser, sin embargo, geómetra, pues puede acontecer que no sea capaz de demostrar un solo teorema.

Son ciertamente de singular utilidad para el mejoramiento del entendimiento una biblioteca bien abastecida y una memo-

ría capaz; pero si toda vuestra erudición se redujese á ser un acopio de lo que otros han escrito, sin que hubieseis penetrado debidamente en los propósitos de los autores, y sin que hubieseis hecho juiciosa elección y determinación de vuestro propio dictamen, no se columbraría el título con que disputáis á vuestros estantes la verdadera erudición. Por mucha Filosofía y Teología, Moral y Metafísica, y cualesquiera otras artes y ciencias que hayáis leído, si sólo la memoria es la facultad que habéis empleado, con omisión de las del raciocinio, no tendréis derecho á exigir más alta calificación que la de narradores de las ciencias.

Tomad ahora nota de que las reglas precedentes vienen más particularmente destinadas á los que están engrdeidos de sus capacidades, y prontos á mantener alta opinión de sí mismos. Los jóvenes modestos, humildes, de ingenio sano, no deberán sentirse desalentados por aquellas consideraciones; ellas han sido hechas para que sirvan á manera de aguijón de la diligencia, y de antemural contra la vanidad y el amor propio.

Sexta. No tengáis la debilidad de imaginaros que la vida del sabio se desliza en la pereza y la inacción. Ni tengáis el atrevimiento de dedicaros á ninguna de las profesiones doctas, si antes no habéis formado el propósito de trabajar ahincadamente en el estudio, y hacer de esto el deleite y la alegría de vuestra vida, según el lema del Canciller King:

. . . *Labor ipse voluptas.*

No es cosa de desocupados el ser verdaderamente hombre de letras. El hombre muy aficionado á la molicie y á los placeres, á la recreación y al pasatiempo, no debería nunca pretender dedicarse á la carrera científica.

Séptima. Procurad que vuestro esfuerzo cotidiano se anime con la esperanza de nuevos descubrimientos, y con la satisfacción y solaz provenientes de hechos ya conocidos. No deis acogida al concepto de que la ciencia en general ha llegado á su perfección, ni de que el conocimiento de un asunto especial de una ciencia cualquiera no sea susceptible de mejora, por el solo hecho de que hayan transcurrido quinientos ó mil años sin que en aquel departamento se haya hecho ningún adelanto. El siglo presente, mediante el favor que el Todopoderoso ha otorgado á la ingenuidad y diligencia de los hombres, ha sacado á luz verdades tales en Filosofía Natural, y hecho descubrimientos en el cielo y en la tierra, que parecían fuera del alcance del hombre.

Octava. No os detengáis en la superficie de las cosas, ni os dejéis llevar precipitadamente por meras apariencias; por el contrario, penetrad hondamente en el corazón de las cuestiones, tanto cuanto os lo permitan el tiempo y las circunstancias, especialmente en aquellos asuntos que se relacionan con vuestras

profesiones. No os dejéis dominar del prurito de juzgar de las cosas á la primera ojeada ó tras un examen de ellas corto y superficial, porque esto es muy ocasionado á que el entendimiento se llene de errores y prejuicios, á inducirlo por procedimiento erróneo, y á contraer el hábito de razonar mal, y sobre todo, porque de aquel modo se trabaja mucho para tener luego que rectificar el trabajo.

En cuauto á aquellas ciencias ó á aquellos departamentos del saber humano que, ya por vuestra profesión, ó por el tiempo de que dispongáis para el descanso en vuestras tareas ordinarias, ó por vuestra inclinación, ó por vuestra falta de aptitudes, no podáis proseguir con mucha aplicación, ó en las cuales no podáis entrar en hondas investigaciones, debéis contentaros con adquirir nociones históricas y superficiales de aquéllas, sin pretender, eso sí, formar ningún juicio propio en puntos que tan imperfectamente conocéis.

Novena. Una vez al día, especialmente en los primeros años de vuestra vida y de vuestro estudio, llamaos á cuentas, y averiguaos qué ideas nuevas, qué proposición ó verdad habéis logrado adquirir, qué confirmación posterior de verdades conocidas habéis tenido, y qué adelanto habéis hecho en cualquier parte de vuestro caudal de conocimientos; y no dejéis pasar, si fuere posible ni un solo día, sin haber hecho alguna adquisición intelectual. Bien seguido este método, os hará adelantar con seguridad en vuestros conocimientos útiles. Muy apreciado es entre los hombres doctos el sabio proverbio tomado de los labios y práctica de un célebre pintor: *Nulla dies sine linea*, "No pase ningún día sin un rasgo siquiera." Entre los Pitagóricos era precepto sagrado repasar tres veces por la noche las acciones y trabajos del día, y hacer examen de conducta, de lo que habían hecho y de lo que habían dejado de hacer; y daban á sus discípulos la seguridad de que con tal método harían noble progreso en la práctica de la virtud.

Décima. Manteneos en guarda constante contra el espíritu de dogmatismo. No deis asenso firme é inalterable á ninguna proposición mientras no tengáis fundamento firme é inalterable para ello, esto es, mientras no hayáis llegado á obtener clara y segura evidencia, ni hayáis volteado la proposición de un lado y de otro, ni hayáis examinado el asunto en todas direcciones, de modo de ponerlo á cubierto de equivocación. Y aun en aquellos casos en que tengáis fundamentos de seguridad, sed lentos y sobrios en expresar esta seguridad en forma perentoria y positiva, teniendo siempre en cuenta que la naturaleza humana es propensa á errar.

Con muchos obstáculos tropieza el espíritu de dogmatismo, pues cierra los oídos al raciocinio, y aparta el entendimiento de

ulteriores adelantos en el conocimiento. Desde que fijéis vuestra opinión de manera resuelta, aunque haya sido sobre bases débiles é insuficientes, yá os sentiréis irresistiblemente forzados á no aceptar los más enérgicos argumentos que se produzcan en pró de la opinión contraria, y vuestra obstinación crecerá con la fuerza de la mayor claridad de la argumentación.

El espíritu de dogmatismo conduce necesariamente á la arrogancia de la inteligencia, y da al hombre en la discusión los aires de petulante y presumido.

El espíritu de dogmatismo inclina al hombre á la murmuración del prójimo. Las opiniones del poseído de tal espíritu le parecen á él refulgentes, y se enoja porque su vecino no las ve con el mismo esplendor, y se halla tentado á desdeñar á sus contrincantes como á personas de entendimiento bajo y oscuro, porque no creen como él.

Cuando las personas animadas de tal espíritu se comprometen en discusiones que comportan controversia, su arma predilecta es el inproprio. Levantan polvareda entre sus cofrades contra el absurdo y la estulticia; lanzan profusamente cargos de herejía y absurdidad contra sus antagonistas, y en tratándose de asuntos de interés sagrado, fulminan abundantemente anatemas contra cristianos mejores que ellos; declaran la condenación de sus prójimos, sin justicia ni misericordia; y cuando profieren las sentencias de la cólera Divina contra supuestos herejes, añaden á ellas sus propios ardimiento é indignación de hombres. El dogmatizador en religión dista muy poco del fanático, y corre mucho riesgo de convertirse en perseguidor.

Undécima. Aunque la circunspección y el pausado asenso os precaverán de frecuentes errores, debéis apercibiros para tener el suficiente valor de retractaros de cualquiera equivocación, y de confesar cualquier error. Los frecuentes cambios de dictamen denuncian inconstancia en las primeras determinaciones; pero no por eso debéis ser demasiado soberbios para no cambiar de opinión, ni amedrentaros ante el calificativo de versátiles. Aprended á mirar con desdén á esos censores ó cocos vulgares, encargados de hacer que los necios se confirmen en sus errores, por no ser acusados de veleidad.

Yo os declaro que es preferible no formar juicios, á formarlos falsamente; que es más prudente diferir nuestro asentimiento hasta que hayamos podido palpar completa evidencia. Pero sí, como acontece aun á los hombres de mayor discreción, hubiésemos dado nuestro asenso con excesiva precipitación, si hubiésemos sostenido lo que después halláremos ser falso, nunca deberemos, por vergüenza ó por temor, renunciar á reconocer nuestro error.

Duodécima. Quien aspire á adquirir discernimiento tál que se levante sobre el vulgo de la especie humana, y quiera aprender á juzgar con rectitud á los hombres y las cosas, debe cuidarse de las extravagancias de carácter y de la influencia del capricho en sus asuntos. Cuando uno se deja desde la edad temprana y constantemente dominar por la ventolera y la impulsión autojadiza, tiene que aguardar una vejez colmada de tonterías.

El hombre caprichoso, ó como decimos en forma familiar, de humoradas, se habitúa á complacerse ó á mortificarse en grado sumo por cosas de poca monta, se apasiona por asuntos de importancia mezquina, determina cotidianamente su voluntad por bagatelas, raras veces dirige sus acciones por la razón y de acuerdo con la naturaleza de las cosas, y sus pasiones estallan á menudo por frioleras. En donde tal práctica sea consentida, el juicio se torcerá insensiblemente hasta el punto de llamar cosas grandes las de poco momento, y de inducir á otros á que les den importancia. En suma, tal característico modo de ser inclinará al hombre á apreciar injustamente casi todo lo que ocurra, y cada paso que dé en esta senda lo alejará más de la *escondida* de la sabiduría.

Décima tercera. Por razones de idéntico orden, cuidaos de tomar en consideración con frivolidad las cosas serias é importantes, ó de burlaros de los asuntos sagrados ó dignos de reverencia: tampoco os solacéis usando en todas ocasiones la agudeza que causa ridículo, como suelen hacerlo algunas gentes de ingenio. Todo esto desgraciadamente llevará el juicio en la dirección diametralmente opuesta, y os inclinará á desestimar objetos de mucho valor. Cualquiera mal hábito á que nos entreguemos adquirirá influjo en nuestro entendimiento para hacernos traición, induciéndonos á muchos errores.

Décima cuarta. Mantened siempre vuestro espíritu en actitud virtuosa y reverente, pues el doblegarse á las inclinaciones viciosas degrada el entendimiento y pervierte el buen sentido. La sensualidad arruina las más poderosas energías intelectuales. La satisfacción del apetito y la pasión embotan las facultades mentales, debilitan el discernimiento y lo hacen accesible al engaño, especialmente al género de éste que lleva á la complacencia de la naturaleza animal, y, lo que es más grave, aparta el alma de esa sólida honradez é integridad que necesariamente es peculiar á los que buscan con anhelo la verdad. El hombre virtuoso está en el camino de la sabiduría, pues como lo dijo el Eclesiastés, "Al hombre bueno en su presencia dio Dios sabiduría, y ciencia y alegría."

*

Nada más adecuado al terminar este reglamento que hacer

figurar como coronamiento de él el profundo pensamiento de una dama española de altísimo renombre literario en el presente siglo, de cuya laboriosidad y energía de facultades dan testimonio los variados trabajos instructivos y ajenos que han servido y seguirán sirviendo á nuestras damas de provechoso solaz. El mundo literario la reconoce con el nombre de Fernán Caballero, pseudónimo que sirvió á su exquisita modestia para ocultarse por mucho tiempo, hasta que la notoriedad creciente con que vino distinguiéndose hubo de arrancar el secreto, para hacernos saber que D.^a Cecilia Böhl de Faber era su verdadero nombre.

El de familia me hace sospechar, guiado por los signos ortográficos que comporta, que el origen de esta dama es teutónico. Si en este concepto no ando equivocado, cabe aquí volver á recordar esa altiva raza que, en rápido salto histórico, transformó sus costumbres bárbaras en poderoso elemento de cultura intelectual, hasta llegar á convertirse en campeón de la independencia del espíritu en nuestra presente civilización.

Cuando llegó la Media Noche del Mundo, gráfico calificativo del siglo XII de nuestra éra, brillaba en el cielo de España, como estrella de primera magnitud, Averroes, eximio representante de la ciencia en el califato de Córdoba. La espléndida alborada que era de esperarse, no compareció para alegrar los corazones de los españoles, ni aun después de haber hallado el rumbo de América, porque el reinado de la, más que larga, siniestra dinastía de la Casa de Austria, prolongó para España y sus colonias la noche de la ignorancia y de la subyugación del espíritu.

Aunque tardíamente, amaneció para los de nuestra raza, y era lógico y necesario que en el alegre coro de madrugadores estuviese representada la fuerza impulsiva en la persona de la dama española de que vengo tratando.

Ella, con la inspiración del genio, y adelantándose á las sobrevinientes necesidades de Hispano-América, nos ha formulado esta máxima, que yo considero como la más importante regla de conducta, y como el preservativo más poderoso en medio del contagio que nos circunda: *La independencia personal es la más esclarecida de las aristocracias.*

Es una dama quien os da lección de dignidad y de energía, quien os enseña que la parte más noble de nuestro ser, y en cuyo laborioso cultivo se consumen nuestros más solícitos esfuerzos, no puede ser para nosotros de tan poca estimación que nos hallemos dispuestos á presentarla en pública almoneda como mercancía averiada, y al mejor postor. En esto están comprometidos la dignidad humana y los altos fines de la especie.

Voy á concluir, y al despedirme de vosotros debo expresar el anhelo que tengo de haber acertado en esta ocasión, com-

prometiendo vuestro tiempo en algo de provecho, y exponiendo ante vosotros prudentes indicaciones y sólida doctrina. Os agradezco la benévola atención con que me habéis escuchado, y os declaro que si he logrado que uno solo siquiera de los de este amable auditorio, particularmente de los jóvenes /adolescentes á quienes he tenido en cuenta más próximamente, se levanta de aquí con la firme determinación de preservar incólume su independencia personal, esta lectura habrá sido fecunda en la medida de mi anhelo.

Bucaramanga, Enero: 1898.



FRAY VELON.

